

pia vida, muriendo ellos mismos por restaurar el mundo. Mas estos altivos romanos, que rehusan la verdad, no quieren, por otra parte, la libertad; pues si ellos matan al emperador, no es por salvar el imperio, sino por venderle y robarle. Nuestra gloria al presente, decían ellos, es obedecer, y tenían contraída esta obligación en presencia de Tiberio. Bajo los piés de César se multiplicaban los legistas, verdaderos teólogos del culto imperial, y éstos conceden á su jefe supremo la entera propiedad del género humano. César mata y destruye el derecho, estableciendo que tuviese fuerza de ley todo lo que agradase al príncipe. Mas, después de todo eso, puede, sin embargo, decirse que eran mejores los caprichos de César que las leyes de Platón. Aparece, pues, evidente que antes de Jesucristo, el mundo, llevando hasta lo sumo el desprecio de Dios y el odio hacia el hombre, adora de la manera más abyecta el ídolo de la carne y del placer que le devora, y en la misma abyección consiente morir.

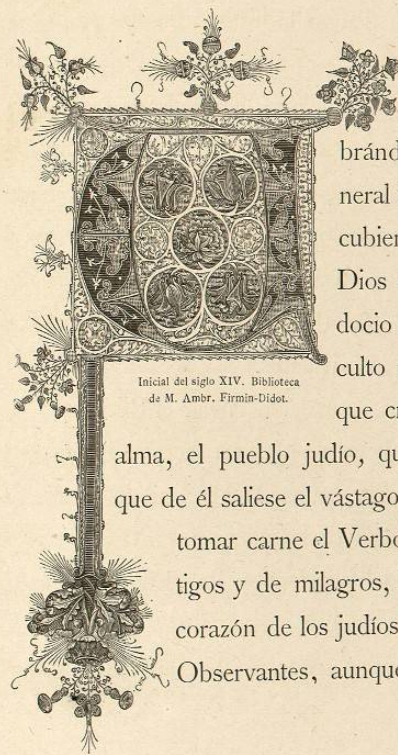


Lámina 10.—Sacrificio a las divinidades del infierno, estando la víctima con la cabeza baja. Cuadro ejecutado conforme al *Virgilio* del Vaticano, que data del siglo VI.



III

LAS PROFECÍAS



Inicial del siglo XIV. Biblioteca de M. Ambr. Firmin-Didot.

N solo pueblo hay que, librándose de la condición de general ignominia con que estaban cubiertas otras razas, adoraba al Dios verdadero, tenía un sacerdocio legítimo y practicaba un culto santo. Este era el pueblo que creía en la inmortalidad del alma, el pueblo judío, que estaba reservado para que de él saliese el vástago precioso de que había de tomar carne el Verbo eterno. Á fuerza de castigos y de milagros, Dios había arrancado del corazón de los judíos el germen de la idolatría. Observantes, aunque imperfectos, de su ley

toda divina, é inclinados á despreciar el espíritu de ella, eran, sin embargo, celosos guardianes del texto de la misma; y si bien la quebrantaban, jamás la negaban, lo cual fué bastante para elevarlos moralmente por encima de todos los otros pueblos, sin exceptuar los romanos, sus vencedores. Á la sombra del templo, el hombre era un hijo de Abraham y un súbdito del Altísimo; reglamentos equitativos protegían su libertad, guardaban su dignidad y le mantenían en posesión de sus derechos; y ceremonias que, á la vez que religiosas, eran nacionales, le enseñaban al mismo tiempo la historia de sus padres y de su culto; si él quería marchar por el camino de los preceptos divinos, la eficacia de sagradas plegarias levantaba y ennoblecía sin cesar su corazón; él ofrecía sacrificios purísimos, practicaba obras de justicia y de penitencia, esperaba tranquilo el cumplimiento de seguras promesas, sabía con luz divina que le nacería de la familia de David un Redentor, y se consolaba, en fin, con la esperanza de ver algún día al Dios de sus padres y antepasados en la tierra de los vivientes.

Este Dios de Abraham, que debía enviar el Redentor, no nos es desconocido, pues hemos oído con frecuencia algunos de sus nombres magníficos y llenos de luz: su definición es «*Yo soy el que soy*», el Señor de los señores, el Todopoderoso, el Justo, el Protector del huérfano y del débil, el que ha criado el mundo, el que ha dado la vida y el que resucitará de la muerte. La humilde Palestina era más sabia que Atenas, más

rica que Roma, porque de una manera cierta conocía ya y poseía al verdadero Dios.

Á pesar de terribles vicisitudes, ocasionadas por la transgresión de la ley y anunciadas por los Profetas, Israel, el pueblo de Dios, había visto correr largas épocas de paz y de tranquilidad. Las tradiciones referentes á la edad de oro, á las que otras historias daban un origen vago ó fabuloso, eran en la historia del pueblo judío épocas ciertas y muy recientes. Desde la vuelta de la cautividad de Babilonia hasta la dominación romana, la Judea, más bien protegida que esclavizada, señora de sus leyes y de su culto, enteramente libre de la idolatría y preservada de falsos profetas, había tenido por espacio de cuatro siglos una honrosa y bienhechora paz. Durante el período de cuatrocientos años, la Grecia pasó de la guerra pérsica y de la derrota de Jerjes á la victoria del cónsul Mummio, en la que perdió su poder; Cartago presencié el último suspiro de su vida patria, y la historia de Roma se ofrece en ese tiempo llena de la sangre que había corrido desde Tarquino hasta Mario. Mientras tanto la paz de Israel, durante la que, según bella expresión de la Escritura, vivía cada uno tranquilo bajo el sarmiento de su viña y bajo el pámpano de su higuera, no fué interrumpida de una manera notable más que por la corta y gloriosa guerra de los Macabeos, últimos héroes y casi los últimos sacerdotes de este grandioso pueblo cuyos incomparables destinos no se han cumplido aún.

Verdaderamente que este pueblo es extraordinario é inmortal, toda vez que fué fundado por Dios, instruido y conservado por Dios, y que del mismo Dios recibió casi directamente todas sus leyes y sus grandes hombres; y toda vez que, habiéndose separado de Dios, vemos que ha sido destruído sin morir y sin desaparecer enteramente. Culpable de un crimen inaudito y digno de un castigo sin segundo; arrastrando una muerte viva bajo los brazos de la cruz en donde él había clavado al Dios vivo, el pueblo judío vaga y se pierde en la luz, como otros se extravían en las tinieblas, por haber cerrado sus ojos al astro brillante que debía guiarle; pero las fieles promesas que él se obstina en rechazar le siguen por todas partes, y ellas le vencerán, y morirá, por fin, para renacer engrandecido con toda la humanidad.

En medio de este pueblo va á cumplirse el acontecimiento más grandioso, no solamente de los que ha visto la tierra, sino de los que han tenido lugar en el cielo, en el mismo momento que estaba ya anunciado y predicho cinco siglos antes por uno de sus últimos Profetas. Ese acontecimiento es la reparación que de la creación primitiva ha de efectuarse sobre la tierra, y esta reparación requiere una nueva y más perfecta creación, puesto que la criatura, caída por el pecado y restablecida á su primer estado de gracia, se verá honrada y enaltecida con el privilegio de ser redimida por Cristo. Por lo que toca al cielo, se verificará allí lo que pudiera llamarse, aunque impropriamente, una

modificación de lo Inmutable y un acrecentamiento de lo Infinito. El misterio oculto desde toda la eternidad en Dios, que ha criado todas las cosas, va á revelarse á los ángeles y á los hombres, para ser la fe y la salud del género humano, la admiración de los ángeles y la perfección de la gloria de Dios. Por medio de este misterio, la tierra, en donde Dios va á nacer, será como una ampliación del cielo; pero un cielo nuevo, en el cual habita Dios de una manera más divina que la que antes reflejaba en lo más alto de los cielos; y el cielo adonde ha de subir la naturaleza del hombre, unida indisolublemente á la naturaleza divina, será enriquecido de una adoración hasta entonces desconocida, pues el cielo tenía antes un Dios adorado, y después tendrá un Dios adorador, revestido de la humanidad como del más insigne de los atributos divinos; y verá en derredor de este Dios el hermoso cortejo de almas santas, fruto terrestre que el Hijo del hombre ha llevado allí para que sea eternamente el valioso trofeo de su victoria y la pompa triunfal de su amor.

Este acontecimiento es el establecimiento de la religión definitiva y el rescate de la humanidad; y aún cuando se ha dignado Dios ejecutarle de una manera asombrosa, que sobrepuja infinitamente todo lo que la humanidad podía esperar y aún comprender, sin embargo, el mismo mundo exterior y el gentilismo todo entero tenían de ello un grande y vivo presentimiento, porque en el fondo de todas las tradiciones se encuentra el tipo

y creencia más ó ménos alterada de un Mesías y el dogma de la redención necesaria y que no podía ejecutarse más que por



Lámina 11.—Los Patriarcas. Noé, con el arca, representa la Iglesia; Melquisedec, teniendo el pan y el vino en la mano, es figura del sacrificio incruento de la misa.—Fresco de H. Flandrin, de este siglo, que se halla en San Germán de los Prados, en París. Ejecutado según el grabado de M. J.-B. Poncet.

un hombre inocente. La conciencia del género humano daba este testimonio á la inocencia despreciada y frecuentemente

aborrecida. La esperanza del auxilio divino y la fe en los méritos superabundantes de la inocencia constituían la creencia uni-



Lámina 12.—Los Patriarcas. Abraham é Isaac, símbolo del sacrificio cruento de la cruz.—Fresco de H. Flandrin, de este siglo, que se conserva en San Germán de los Prados, en París. Ejecutado conforme al grabado de M. J.-B. Poncet.

versal, lo que es una prueba admirable de que el género humano ha nacido del mismo tronco y venido del mismo origen.

Pero en el transcurso de los siglos, la imaginación del hombre se dejó extraviar acerca del fondo de esta verdad. El sentimiento por los bienes perdidos, la amargura de las dispersiones y de los despojos habían proporcionado materia abundante á muchas leyendas, y presentado en ellas al Mesías histórico con el colorido y carácter particular de cada familia y de cada pueblo, oscureciendo y desfigurando de esta manera al Mesías bíblico y verdadero. En el fondo del alma quedaba siempre un eco de aquellas palabras de Moisés: «*Escucha, Israel, el Señor, tu Dios, uno es.*» Y así como esta idea de la unidad de Dios, siempre subsistente, era, sin embargo, desnaturalizada y corrompida por las fábulas del politeísmo, de la misma manera la idea del Mesías se encontraba por doquiera envuelta y mezclada de muchos errores. Era preciso que viniese el Mesías y que el mundo no le conociese; era necesario que la Redención fuese un esfuerzo y una conquista; y era asimismo necesario que el Cristo padeciese y que el inocente pagase la pena de los culpables; y todo esto era necesario para que el hombre fuese rescatado y para que fuera cumplida toda justicia relativamente al Príncipe de este mundo, á quien la misericordia divina arrancaba su presa, y en ese sentido estaba ya todo predicho y anunciado.

Entre los judíos parecía que nada podía ser oscuro de todo lo concerniente al Mesías, porque, depositarios de las promesas divinas, no las impugnaban con la duda, ni faltaban á ellas con

el olvido, y porque tenían fe en la enseñanza de sus padres y de Moisés, á quien Dios había hablado en medio de milagros. Después de Moisés, instruidos en toda doctrina, ya no les faltó ni el espíritu de Dios, ni tampoco los milagros, sino que, al contrario, esas mismas promesas, renovadas, confirmadas y explicadas claramente y casi sin interrupción, resonaban en todos los grandes hombres. Es evidente que la santa Escritura está llena del Mesías, pues las revelaciones le anuncian, los acontecimientos y personajes históricos, que ya ellos mismos estaban predichos, le representan; todos sus rasgos y caracteres se hallan explicados, fijado el día de su advenimiento, determinadas las circunstancias de su natividad y lo mismo las de su vida y las de su muerte con detalles y precisión admirables. Los judíos poseían su filiación, dice un historiador eclesiástico, y Dios había empleado cuatro mil años en escribirla; y cuando Jesucristo se presentó en este mundo, las voces del cielo, de la tierra y del infierno, San Juan Bautista, Pilatos, los ángeles, los demonios, el trueno, los milagros, todo unánimemente dijo y exclamó: «*Ahí está, miradle, Él es.*» Los judíos, aunque no todos, le han despreciado, y todavía le desconocen y desprecian; pero en el mismo desprecio dan testimonio de que le esperaban, y la ruina tan inesperada, que ni ellos han podido reparar, ni el mundo tampoco ha podido consumir, predice también y atestigua que Aquel que ha venido es El mismo que debía venir.

Los incrédulos del nuevo pueblo de Dios y los hijos del Evangelio, tan ingratos como los judíos y ménos ciegos que ellos, hacen esfuerzos por quitar toda eficacia y valor á esta prueba tan clara de su común delirio é insensata locura. Ante la autoridad terminante de los Profetas y de la historia del pueblo hebreo, se encuentran embarazados para fundar su incredulidad, y eludiendo tan legítimos y fehacientes documentos, unas veces les miran como unos delirios y otras como medios fraudulentamente preparados para un fin particular. Se pone por ellos en duda la existencia de todo un pueblo, con desprecio de los monumentos más auténticos y evidentes que pueda haber en el mundo, y se obra y procede de esa manera para ver si se consigue suprimir y hacer desaparecer las primeras páginas de la historia que se pretende escribir. ¿Qué confesión puede darse más manifiesta de esta misma divinidad, sobre la cual se quieren arrojar tantas sombras y tantos velos, sin que todos juntos sean bastante para ocultarla y para impedir su paso á la luz pública?

Hablando con verdad, la historia de Jesús ni tiene principio ni tampoco tendrá fin. «*En el principio era el Verbo.—Su reino no tendrá fin.*» Y áun en el orden mismo de su aparición temporal, Jesucristo ni principió en el Pesebre, ni tampoco concluye en la Cruz. Él va desde la creación del hombre hasta la consumación de los destinos humanos, hasta el juicio final. *El Cristo era, es y será.*

Desde el instante en que el polvo de la tierra, formado por las manos de Dios, recibe el soplo divino y se convierte en carne viviente unida á una alma inmortal, allí mismo principia la vida mortal de Jesucristo, con la vida de su Iglesia, según estas palabras de San Epifanio: «*El principio de todas las cosas es la*



Lámina 13.—Tres ángeles, figura de la Trinidad, visitan á Abraham, y le anuncian que Sara, su mujer, tendrá un hijo, y que de su tribu saldrá el Mesías.—Fresco de Rafael, que se conserva en las Logias del Vaticano.

Santa Iglesia Católica;» y ahí debe el historiador remontarse, si no quiere errar en lo concerniente á Dios, que es la verdad, y engañar á los hombres que tienen necesidad de ella; y por lo mismo se ve que todas las demostraciones hechas sobre la verdad del Evangelio comprenden con razón la historia del Cristia-

nismo desde antes de Jesucristo. Oigamos si no un pequeño resumen de esa verdad.

Después de la caída primitiva, en el momento de ser arrojados del Paraíso castigados, pero no maldecidos, Adán y Eva oyeron esta palabra de Dios dirigida á la serpiente, instrumento del



Lámina 14.—Jacob ve en sueño una escala celeste, y el Señor le dice: «Todas las naciones serán en ti benditas y en Aquel que de ti ha de nacer» (Génesis, capítulo XXVIII, versículo 14).—Fresco de Rafael, en las Logias del Vaticano.

espíritu de las tinieblas, que triunfó aconsejando la desobediencia á los primeros padres: «Yo pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu raza y la suya, y uno de sus descendientes aplastará tu cabeza,» cuyas palabras han sido siempre interpretadas por el pueblo judío como referentes al Mesías. Por

este germen divino ó por la mujer que le ha de producir sucederá, según sentir de Bossuet, que la caída del género humano será enteramente reparada y arrancado al príncipe de este mundo el poder que ejercía sobre él.

Abraham obedece humilde y fielmente á Dios, y Dios le



Lámina 15.—Dios escribe el Decálogo delante de Moisés.—Cuadro ejecutado á pluma por Prud'hon, de este siglo. Colección de M. Joliet, antiguo profesor de Dijón.

dice: «Yo te haré padre de un gran pueblo, tu nombre será memorable, tú serás bendito, y en ti lo serán también todas las generaciones;» y seguidamente á esa promesa le sujeta á una dura prueba, pidiéndole el sacrificio de su hijo único. Abraham obedece al punto; la víctima está preparada, y al descargar sobre ella el golpe, Dios le detiene y le dice: «Yo te juro

»por mí que, por lo mismo que has ejecutado esta acción y, »obedeciéndome, estabas pronto á sacrificar tu hijo único, se- »rás lleno de bendiciones, y yo multiplicaré tus descendien- »tes como las estrellas del cielo y como las arenas del mar, y »todas las naciones de la tierra serán benditas en Aquel que »nacerá de ti.»

Esta promesa fué reiterada en los mismos términos á Isaac, hijo de Abraham; y Jacob, hijo de Isaac, vió en sueños la escala misteriosa cuyo pié descansaba sobre la tierra, tocando el otro extremo en el cielo, por la cual bajaban y subían los ángeles de Dios, figurándose así la reconciliación del cielo con la tierra por la Encarnación del Verbo. Y el Señor le dijo: «Yo soy »el Dios de Abraham, tu padre, el Dios de Isaac, y yo te daré »en posesión á ti y á tus descendientes la tierra en que habitas, »y todas las demás naciones serán benditas en ti y en Aquel »que de ti ha de nacer.»

Estando Jacob próximo á la muerte, predijo á sus hijos lo que había de sucederles; al llegar á Judá, exclamó: «El cetro »no saldrá de Judá, ni el Príncipe de la descendencia hasta la »venida de Aquel que ha de ser enviado, y él será el que unirá »todos los pueblos.» Referidas estas promesas, que él, poco alejado de la época en que se hicieron, podía fácilmente conocer por la tradición y por la divina revelación, Moisés se vió lleno del Espíritu Santo y predijo á su vez al Libertador del mundo, de quien él mismo era ya la verdadera é imponente figura. Se

expresa así tan ilustre caudillo: «El Señor me ha dicho: Yo sus- »citaré de en medio de sus hermanos un Profeta semejante á ti. »Pondré mis palabras en su boca, y él os dirá todo lo que yo le »he ordenado; y si alguno no quiere oír las palabras que este »Profeta pronuncie en mi nombre, yo mismo me vengaré de él.» De todos los Profetas que han existido después de Moisés, no ha habido ninguno que haya sido semejante á él, como no sea Jesucristo, que en todo y bajo todos conceptos ha sido superior.

Los Profetas se suceden unos á otros, y sus predicciones, de día en día más claras, señalan y dan á conocer á Aquel que había de venir. Miqueas saluda humildemente á Belem, en donde debía nacer el Mesías; David habla con él como si estuviera presente, ó habla de él y no cesa nunca de contemplarle; Abacuc se regocija en Jesús, Dios y Salvador; Isaías anuncia que el Mesías vendrá de la familia de Jessé, padre de David; que nacerá de una virgen; que se llamará Emmanuel, que quiere decir Dios con nosotros, y por fin le llama Cristo y rey de Israel; Jeremías y Ezequiel le dan el nombre de hijo de David, é Isaías dice cuál es el fin de su misión, describe su dulzura y bondad, refiere sus milagros, y le considera en sus humillaciones como un objeto de desprecio por parte de los hombres.

Muchos Profetas anuncian y describen su pasión, tal cual ella ha sido referida después por los Evangelistas; y en sus profecías ya se ve el concilio de los judíos, la traición de Judas, la

agonía en el Huerto de las Olivas, el abandono de los Discípulos, los ultrajes en casa del gran Sacerdote, las treinta monedas de plata dadas á Iscariote, el camino del Calvario, la crucifixión, la túnica puesta en suerte, la hiel y vinagre, las injurias soportadas hasta en la cruz, la oración por los que le crucificaban y el grito supremo que exhaló al morir.

Los mismos Profetas anuncian también la reprobación de los judíos, la resurrección y el triunfo del Mesías. «El Cristo, decía Daniel, será condenado á muerte, y el pueblo que le haya negado no será ya su pueblo;» David pronuncia estas palabras: «Yo he dormido y me he levantado;» Isaías predice que «en aquel tiempo, el retoño de Jessé, elevado como señal de salud delante de todos los pueblos, será adorado por todas las naciones, y de gloria también será cubierta su sepultura»; David enseña que «la tierra en toda su extensión se acordaría de esos milagros, se convertiría al Señor y la inmensa familia de las naciones le serviría en adoración»; Malaquías dice: «Desde la aurora del sol hasta su ocaso, mi nombre es grande entre las naciones, y se me harán sacrificios en todos los lugares, y se ofrecerá á mi nombre una hostia toda pura, por lo mismo que mi nombre es grande entre todas las naciones.» Ahí se callan los Profetas hasta el advenimiento de Juan Bautista, que presenta vivo el objeto grandioso de tantas esperanzas, diciendo: «*Hé ahí el Cordero de Dios.*»

Todavía hay una profecía general y no ménos asombrosa,

que es el ardiente deseo con que los Profetas pedían la venida del Mesías. No se revistió jamás el amor de acentos más pene-



Lámina 16.—El Profeta Isaías, teniendo en la mano el instrumento de su suplicio, predice el nacimiento del Mesías diciendo: «He ahí que una virgen concebirá y parirá un hijo, cuyo nombre será Emmanuel» (Isaías, VII, 14).—Grabado en cobre de un artista anónimo italiano, perteneciente al siglo XV.

trantes que los que ellos emplearon. «Señor, dice Jacob, yo viviré siempre en la esperanza de vuestra salud;» y Moisés: «Yo